

Elizabeth Hernández Alvidrez  
(Coordinadora)

Pedagogía hermenéutica

# Pedagogía hermenéutica

Elizabeth Hernández Alvidrez  
(Coordinadora)

# **Pedagogía hermenéutica**

**Elizabeth Hernández Alvidrez**  
**(Coordinadora)**



Primera edición: 2020

© Elizabeth Hernández Alvidrez (Coordinadora)

© Editorial Torres Asociados

Coras, manzana 110, lote 4, int. 3, Col. Ajusco

Delegación Coyoacán, 04300, México, D.F.

Tel/Fax 56107129 y tel. 56187198

[editorialtorres@prodigy.net.mx](mailto:editorialtorres@prodigy.net.mx)

Esta publicación no puede reproducirse toda o en partes,  
para fines comerciales, sin la previa autorización escrita  
del titular de los derechos.

ISBN: 978-607-8702-19-0

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	5
HERMENÉUTICA DE LA LECTURA LITERARIA <i>Samuel Arriarán</i>	23
NARRACIÓN Y PERSPECTIVA DE GÉNERO EN LA ESCRITURA DE CARMEN BOULLOSA Y SOLEDAD PUÉRTOLAS <i>Elizabeth Hernández Alvidrez</i>	59
HERMENÉUTICA LITERARIA COMO ENCUENTRO Y RECONOCIMIENTO ENTRE PROFESOR-ALUMNO <i>Grisel Valadez Paz</i>	71
LAS CATEGORÍAS DE GIORGIO AGAMBEN Y JACQUES RANCIÈRE APLICADAS A LA REALIDAD EDUCATIVA DE OAXACA <i>Catalina Erendira Cruz Gómez</i>	91
LA NEGOCIACIÓN CULTURAL DE LA ORALIDAD Y LA ESCRITURA EN LA RELACIÓN ENTRE COMUNIDAD Y ESCUELA <i>Miriam Guadalupe Florean Santana</i>	109
LOS APORTES DE LA HERMENÉUTICA A LA INVESTIGACIÓN EDUCATIVA DE LA DIVERSIDAD <i>Dominga Leyva Flores</i> <i>Alicia Estela Pereda Alfonso</i>	129

LA NARRACIÓN AUTOBIOGRÁFICA: UNA PROPUESTA DE FORMACIÓN E INVESTIGACIÓN HERMENÉUTICA <i>Cecilia Miranda Román</i>	149
PERSPECTIVA HERMENÉUTICA DE LA ENSEÑANZA DEL ITALIANO COMO LENGUA EXTRANJERA <i>Martha Patricia Martínez Lemus</i>	169
TESTIMONIO Y MEMORIA JUSTA EN <i>INSENSATEZ</i> DE HORACIO CASTELLANOS MOYA <i>Elizabeth Hernández Alvídrez</i>	189
LA TEORÍA DE LA EDUCACIÓN DE GIORGIO AGAMBEN <i>Samuel Arriarán Cuéllar</i>	209
EPÍLOGO NUEVAS LÍNEAS DE INVESTIGACIÓN SOBRE PEDAGOGÍA HERMENÉUTICA <i>Samuel Arriarán</i>	229
ACERCA DE LAS PERSONAS AUTORAS	245



# HERMENÉUTICA DE LA LECTURA LITERARIA

*Samuel Arriarán*

Universidad Pedagógica Nacional-Ajusco

En los últimos años han surgido nuevos planteamientos teóricos que abordan el significado de la lectura de la literatura ¿cuáles son esos planteamientos y qué relevancia tienen para la comprensión del tema educativo?, ¿de qué manera replantear el papel del lector?, ¿cuáles son las principales aportaciones en los últimos años? Quizá la más importante aportación consiste en el viraje de la atención sobre la lectura hacia el lector, es decir, lo que ahora se subraya no es tanto el sentido del texto sino el modo en que se lee el texto ¿quién es el lector o los lectores?, ¿cómo leen?, ¿en qué condiciones?, ¿para qué?

En este trabajo lo que intentaremos comprender no es la hermenéutica de la lectura en general, sino la hermenéutica literaria. En otros trabajos ya nos hemos ocupado de la hermenéutica de la lectura de textos que no son propiamente literarios<sup>1</sup>. Lo que hace falta ahora

<sup>1</sup> Samuel Arriarán y Elizabeth Hernández Alvidrez “La lectura en la universidad. Reflexión desde la hermenéutica de la multiculturalidad” Fascículo del 40 aniversario de la UPN, México. En este trabajo nos interesó el problema de la crisis de la lectura como consecuencia del desarrollo de las nuevas tecnologías de la información, y particularmente las implicaciones de esta crisis en la educación. La conclusión a la que llegamos es que en vez de oposición hay más bien complementación. No hay sustitución de la lectura sino más bien ampliación y enriquecimiento de la escritura por las nuevas formas de oralidad que introducen los

es profundizar en el análisis de la experiencia estética como tal, base de la lectura literaria, experiencia que se da sobre todo en el lector. Para este fin nos apoyaremos en diversos autores como Julio Ortega, Ricardo Piglia, Hans Blumemberg, Alberto Manguel, George Steiner y Hans Ulrich Gumbrecht. ¿Y por qué estos autores y no otros? Porque ellos estudian los diversos públicos que hacen posible la producción de libros en diferentes fases de la historia. Nunca hay un modo abstracto de producir o leer, todo depende de las necesidades de un tipo de sociedad. Ellos coinciden en insistir en la necesidad de contextualizar el acto de lectura porque nadie produce por producir sino para satisfacer las demandas específicas de diferentes lectores, como por ejemplo de quienes demandan novelas policiales, *best sellers*, poemas o ensayos. Este enfoque tiene enorme interés en México y los países latinoamericanos donde existe una historia todavía no explorada de aquellos lectores que se formaron a partir de los textos literarios. Julio Ortega señala que en América Latina hay una historia de la lectura y de la escritura como ejercicio de inscribir un mundo, de dar sentido a una identidad que no es española ni puramente indígena sino mestiza. Los conquistadores supuestamente habrían impuesto la racionalidad de la escritura pero la paradoja es que ¿cómo podían imponer la escritura si no sabían leer? Los españoles no borraron ni sustituyeron la oralidad indígena. Se dio un proceso de traducción y desciframiento desde abajo. Lo que hay son fábulas de la memoria sobre la historia del aprendizaje de la letra. Conviene tener muy en cuenta este enfoque porque el texto literario, tal como lo ha definido Aristóteles es una

---

nuevos medios como Internet y los dispositivos digitales centrados en la mezcla de imágenes y textos.

fábula, algo que se relaciona con la ficción y no con la historia como lo que sucede en la realidad.

Ricardo Piglia señala que los sujetos que leen (pueden ser personas reales como el Che o imaginarias como Ana Karenina) establecen un modo particular de leer a partir de su experiencia cotidiana. En el caso del Che, (quien para leer se subía a un árbol con el fin de sustraerse un momento de su vida diaria para luego volver a su actividad revolucionaria) y en el caso de Ana Karenina, para encontrar un sentido a su vida a través de la ficción. Alberto Manguel señala varios rasgos de la historia de la lectura como la idea de que la ficción nos da a los lectores un sentido para vivir. No se trata de evadirse de la realidad, sino más bien de conectarse con ella para no caer en el caos o la desesperación. Además, que puede haber una determinación política cuando se limita la libertad de los lectores mediante la censura directa (caso de los gobiernos autoritarios). En la historia de la lectura, nos dice, pueden existir situaciones donde hay lecturas pero no hay lectores porque éstos son perseguidos o eliminados por cuestionar el orden social. También se da el caso de que pueda haber lectores pero sin libros porque ciertas lecturas están prohibidas.

Hans Blumentberg señala que en cada sociedad y en cada época surge un tipo de lector que interpreta la lectura de diferentes maneras a partir de concepciones filosóficas generales. Es así como estudia la idea de leer la naturaleza y el mundo como un libro ¿por qué el libro ocupó el lugar de la realidad? No hubo una sola manera de libro sino varias (que varían históricamente) que describen experiencias particulares, por ejemplo, una metáfora del libro como equivalente al universo, de la historia, de la vida e incluso del libro de los sueños (como en el psicoanálisis de Freud) y por último, del libro de

los códigos genéticos. Y es que la estructura del genoma humano equivale a un libro abierto donde podemos hallar los signos de lo que fuimos, de lo que somos y hasta de lo que nos depara el futuro. Como en el libro de Dios, en el genoma todo ya está escrito. Por nuestra parte podríamos agregar que Internet representa también la metáfora del libro como la memoria infinita del pasado y del presente donde casi todo está escrito. Esto equivale a decir que estamos ante una nueva metáfora de la gran biblioteca universal como paradigma ocular (el “*Aleph*”) o esfera mágica donde se encuentra prefigurado casi todo el pasado y el presente.

Para George Steiner el acto de leer tiene una importancia mayor en el contexto del mundo en que vivimos cuando se pierde el sentido de la educación y de la cultura. Leer en estas condiciones equivale a perseverar en la conservación de un núcleo básico de conocimientos humanísticos, es decir, de la posibilidad de una educación general como base inteligente de todo saber particular o especializado. Leer no es tanto una actitud pasiva de entretenimiento ante un texto, sino más bien una acción de dar sentido a la realidad. Por eso es que los lectores se asocian con un acto que implica una responsabilidad ante la historia pasada, presente y futura. La lectura implica forzosamente el silencio ya que en el mundo actual, sometidos como estamos al ruido, necesitamos el silencio para pensar. En este sentido la lectura es un medio y no un fin en sí. Podemos pensar a través de la lectura, lo que requiere necesariamente el silencio. Y por último, revisamos la teoría de Hans Ulrich Gumbrecht para quien la lectura equivale siempre a un acto concreto, de contacto con presencias físicas y reales. El problema es que frente a las nuevas tecnologías de la comunicación que producen la descorporeización y borran

el pasado, hace falta reconectarnos a través de la lectura con las personas físicas y con las cosas del mundo.

## JULIO ORTEGA

¿Puede haber una historia de la lectura y de la escritura como ejercicio de inscribir un mundo, de dar sentido a una identidad? Es el caso de los países latinoamericanos que no son españoles ni puramente indígenas sino mestizos: “Los mestizos son ya una nación, como lo eran las poblaciones indígenas, sólo que nación mestiza es una que nace a posteriori, desde la posesión del lenguaje y en la práctica de la escritura” (Ortega, 2010, p. 199). La escritura se asocia entonces a un proyecto de reorganización utópica a partir no de un modelo indígena sino mestizo. La historia como reescritura puede ayudar a una revaloración de la oralidad. Experiencia de la diversidad, la mezcla y la hibridez en la cual se rehace el sujeto que desde la escritura responde por su lugar en el nuevo mundo:

A la complejidad y riqueza de las versiones de Montaigne y Shakespeare que representan al sujeto americano en su semejanza (objetividad racional) y su diferencia (espectáculo disforme), corresponden las respuestas de Felipe Guamán Poma de Ayala y el Inca Garcilaso de la Vega, los mayores intelectuales americanos mestizos, quienes conciben a este sujeto desde las operaciones de leer y escribir... Leer y escribir son las grandes apropiaciones que el sujeto del Nuevo Mundo instrumenta para pasar de su condición tradicional y subyugada a su renacimiento en la fe, lo moderno y la individualidad (Ortega, 2010, p. 344).

El hecho de que no haya habido una oposición entre oralidad y escritura, ¿quiere decir que los conquistadores supuestamente habrían impuesto la racionalidad de la escritura? La paradoja es que como analfabetos no podían imponer la escritura. Es el caso de Pizarro frente a Atahualpa. Esto que sucedió en el Perú ¿se aplica a México? El caso es que en toda América Latina, la escritura en sus inicios no fue un proyecto que interesaba desarrollar. Lo que motivó a los conquistadores fue más un interés económico y militar. La escritura fue algo que interesó a las órdenes religiosas como los franciscanos y a los jesuitas pero siempre siguiendo la lógica de la colonización. En este sentido les interesaba traducir la cosmovisión y el lenguaje de la oralidad indígena. Posteriormente, en el siglo XVII surgió poco a poco el proyecto de tomar a la escritura como base de una nueva identidad. En este sentido se comprende el trabajo de algunos autores como el de Felipe Guamán Poma y del Inca Garcilazo de la Vega que en respuesta al colonialismo desarrollaron una forma de escritura en la perspectiva de una identidad mestiza. Los españoles no borraron ni sustituyeron la oralidad indígena. Se dio un proceso de traducción y desciframiento, desde abajo. Lo que hay son fábulas de la memoria sobre la historia del aprendizaje de la letra. Se recomienda a los indígenas aprender la escritura de los españoles como herramienta de crítica y de denuncia social, además de preservar la propia lengua. La escritura se vuelve entonces un arma poderosa para la liberación de los indígenas. La idea de la ampliación de la escritura se da con autores que ven la colonización desde la perspectiva de los indígenas letrados. Y esto se aplica también (aunque el autor no lo dice) al caso de México, concretamente a la experiencia del Colegio Santa Cruz de Tlatelolco donde los franciscanos

formaron una élite capaz de integrar los conocimientos indígenas con los conocimientos de los españoles.

Estas experiencias de mestizaje barroco demuestran que hubo una irrupción histórica de la escritura en la oralidad indígena pero no con fines de aniquilamiento. Julio Ortega dice que hay tres paradigmas de interpretación de la oralidad y de la escritura: “Abundancia, carencia y virtualidad adquieren en los textos literarios nuevas funciones emblemáticas, referenciales y alegóricas: lo vemos en las formas del barroco y del realismo mágico” (Ortega, 2010, p. 347). La “abundancia” equivale a un universo pleno de comida ágape comunal, tiempo fecundo: “Sor Juana advierte que ella nació en la América abundante y es por lo mismo compatriota del oro, paisana de los metales, donde la tierra sobresale por su naturaleza materna” (Ortega, 2010, p. 22). Comer equivale a vivir disfrutando pero también a exuberancia barroca como en las novelas de Carlos Fuentes como *Terra Nostra*. En Lezama Lima la abundancia aparece en su novela *Paradiso* y en toda su obra poética bajo la forma de lo barroco.

En *Del amor y otros demonios*, de García Márquez, predomina el discurso de “la carencia”; la oralidad es lo otro. El autor se basa en leyendas para recrear la muerte, las prohibiciones y la peste. La “carencia” equivale a un discurso de penuria, despoblación y violencia. El hambre como experiencia colectiva reverbera en representaciones colectivas (como la comedia bufa y la picaresca española, por ejemplo en la obra de Mateo Alemán). En América Latina también se relaciona con una tipo de representación como un discurso utópico: “pronto tendremos remedio”. Se trata de una búsqueda de equilibrio material en un mundo que se ha vuelto antagónico. También la carencia es un tipo de represen-

tación pesimista como los campos despoblados y en la violencia en los relatos de Juan Rulfo. *Pedro Páramo* es la búsqueda del padre por el hijo dentro de una cosmovisión prehispánica o mundo al revés donde prevalece el desorden y el sin sentido frente a un supuesto mundo del derecho, el orden, la justicia. Es como en las novelas de Joseph Roth<sup>2</sup>, siempre hay una búsqueda de los padres como equivalentes al mundo de la ley y de la tradición. La carencia se identifica con una búsqueda frustrada de un pasado que no puede retornar. Hay una oposición del presente como conjunto de símbolos de lo moderno que condena la comunidad original a una ausencia permanente. En Rulfo equivale a la desolación de la muerte, el vacío y la nada.

La “virtualidad” equivale a la representación de los sujetos en los márgenes, como por ejemplo en las novelas de la chilena Diamela Eltit. Esto se percibe claramente en *Mano de obra* (2004) donde se trata de los clientes de los supermercados que en diferentes localidades siempre aparecen en situación de consumidores potencialmente violentos. El mejor ejemplo de los sujetos de los márgenes, son los jóvenes que no compran y sólo miran, esperando el momento de apoderarse violentamente de las mercancías. Estos jóvenes sin empleo y por tanto, sin capacidad adquisitiva, se convierten en estorbos para los clientes normales y para el libre funcionamiento del mercado. En otra novela *Los vigilantes*,

<sup>2</sup> Ver Arriarán (2019) donde se dedica un capítulo a un conjunto de novelas de este extraordinario escritor judío. Lo que encontramos en estas novelas es una recreación sobre la pérdida de la ley, de la autoridad paterna como sinónimos de la pérdida de la comunidad original y su reemplazo por las formas de la sociedad moderna occidental. Esto tiene enorme aplicación sobre la historia de América Latina.

la “virtualidad” aparece como la potencia destructora de los desamparados, los habitantes de las periferias, casi muertos de frío y de hambre que acechan las casas de los ricos que tienen que protegerse construyendo leyes y estrategias. A través de las cartas que Margarita escribe a su marido, vemos cómo esta mujer de clase alta tiene dudas tanto para acoger a los desamparados como para situarse en el lado de los “occidentales”. Se teje una historia en el contexto del neoliberalismo salvaje donde se desarrolla una nueva guerra entre modernidad occidental y barbarie, entre el orden contra la disciplina, la salud frente a la enfermedad. Mientras que la salud se define en torno a la castidad, la enfermedad se combate como cruzada contra la lujuria, la infección y la pereza.

### RICARDO PIGLIA

Según este autor, no se trata de hacer una historia de los lectores sino de una historia imaginaria de los lectores: “No preguntaremos tanto qué es leer, sino quién es el que lee (dónde está leyendo, para qué, en qué condiciones, cuál es su historia)” (Piglia, 2014, p. 22). En América Latina, el primero en hacer esta historia fue Macedonio Fernández en su *Museo de la novela*, donde dice que el lector será por fin leído; habla de tipos, series, clases y clases. Se trata de un lector ante el infinito, perdido en una red de signos. No se trata sólo de metáforas sino de nudos que construyen sentidos, por ejemplo en *Hamlet* donde nos encontramos ante una tensión con el oráculo, entre el libro y la venganza. La lectura es una actividad de réplica, los lectores viven en un mundo paralelo que a veces imaginan que entran en la realidad. Se trata de

hacer visible lo invisible. ¿Qué es un lector? Alguien insomne, para quien la lectura es una forma de vida.

A través de su correspondencia con Felice, su novia, Kafka la convierte en una lectora pura; la seduce con la letra. La lectura se vuelve un encuentro de amantes; dando a leer su experiencia, los amantes se encuentran en el texto que leen: “La escritura existe si se han creado las condiciones que la hacen posible” (Piglia, 2014, p. 44). La interrupción es su tema, siempre postergar y desviar. No se narra para recordar sino para hacer ver, para hacer visibles las conexiones, los gestos, los lugares, escribir al otro lo que uno ha vivido. Kafka escribe en lenguaje indirecto; quien lee es el protagonista de la narración. El autor somete a Felice a una lectura interminable, a una exigencia continua. Ella es la lectora obediente para unir la escritura con la vida. La escritura como poder y disposición del cuerpo de otro (esto significa “bovarismo”), la mujer debe hacer lo que lee, igual que *Madame Bovary* la novela de Gustav Flaubert.

En la perspectiva de Ricardo Piglia también podemos concebir al Che Guevara, ya no únicamente como el guerrillero de leyenda sino también como lector, faceta que nadie ha estudiado. Lo que lee es un filtro para vivir. El Che –nos dice- leía en situaciones extremas, como la proximidad de la muerte; lee en el interior de una experiencia, cuando hace una pausa (también Antonio Gramsci leía en situación de prisión). La lectura es una práctica iniciática, como lo hacía Marcel Proust que leía su infancia como si fuera un reportaje de actualidad. El Che hace una pausa para leer y escribir: igual que Jack Kerouac, uno de los pioneros de la literatura *beat* que viaja para narrar su experiencia. Se trata de unir el arte con la vida o escribir lo que se vive. El sujeto se construye en el viaje, siempre viaja para ser otro. Es un viaje errático

del que sale y encuentra la realidad social: “pero a la vez están las lecturas, que son una senda paralela que entrecruza con la primera” (Piglia, 2014. p. 111). Para el Che no funciona la distinción amigo-enemigo (de Schmitt). El enemigo es fijo y definido (el “cerdo o el amilanado”). El amigo es alguien que se sacrifica y muere. Que es fiel y nunca traiciona. Quiere hacer una escuela de cuadros. Ricardo Piglia coincide con la idea de Walter Benjamin sobre el concepto del narrador como equivalente de la experiencia misma, alguien que quema su vida en la experiencia solitaria a través de la guerra. Es la idea del lector como el que persevera en el desciframiento de los signos. También es importante el modo en que Piglia se refiere a personajes literarios como Ana Karenina que leen en los trenes; se trata de viajar dentro del viaje, de leer mientras se viaja:

En el tren, Ana repite el viejo rito de entrar en lo irreal y en la ilusión a través de la lectura de un libro, para luego volver desde allí a confrontar la realidad. De ese movimiento es la novela misma, la forma del género, si seguimos la línea abierta por Lukacs en *Teoría de la novela*. La experiencia personal es la corroboración de la verdad del texto. Ana lee para descifrar una verdad sepultada en ella. Solo entiende el sentido posible de su vida verdadera cuando lo lee en el libro (Piglia, 2014, p. 130).

Hay en Ana Karenina un “bovarismo” invertido como querer ser otra. Es lo que ella quiere cuando viaja en el tren, lee para llenar algo que le falta en la vida, un sentido en el adulterio, otra vida posible en la infidelidad. Otro buen ejemplo es Natasha (quien por cierto poseía un ejemplar de *Madame Bovary*) en *El idiota*, la novela de Dostoievski: “La ficción entra en lo real de

manera inesperada, ya no es lo real que entra en la ficción. Pero la clave es que ese cruce se realiza como una operación interna al acto de leer. No se trata de leer en un libro una vida posible que se pretende alcanzar sino de leer en un libro la propia historia, la letra del destino” (Piglia, 2014, p.133).

### HANS BLUMENBERG

Según Hans Blumenberg el hecho fundamental de la historia de la lectura fue el momento en que lo escrito pasó a ocupar el lugar de la realidad. Si el ser es ante todo lenguaje, entonces hubo un ser literario en el sentido más amplio como expresión de todo lo pensado. Si hay un libro que equivale al absoluto del ser, o metáfora de la totalidad, ese libro es la Biblia. Es el libro de Dios o el Libro sin más, el estar escrito en este libro significa adquirir un dictamen de la salvación. No existe nada fuera de él. En tanto se vincula con lo sagrado, el gran libro se torna mágico. Es fascinante ver la manera en que Blumenberg explica cómo hay una especie de orden burocrático de la tenencia de libros en el cielo, como si Dios determinara nuestros destinos por el solo hecho de figurar como vidas escritas. En contraposición a esta forma de prefigurar el destino menciona las *Confesiones* de Rousseau donde éste se presenta ante Dios con el libro de su propia vida en la mano. O sea que el libro puede representar tanto una forma de tribunal condenatorio o al contrario una forma de apelación. Cada criatura humana sería un libro en sí mismo. Pero no hay una sola forma de libro sino varias (que varían históricamente) que describen experiencias particulares, por ejemplo, una metáfora del libro como equivalente a la naturaleza, hay otro de

la historia, de la vida e incluso del libro de los sueños (como en el psicoanálisis de Freud) y por último, del libro de los códigos genéticos.

La metáfora del *libro como naturaleza* tiene sus portavoces en Ficino y otros autores del Renacimiento, que inspirándose en Platón y Plotino, conciben a los seres vivos como contrayéndose en la razón y en el pensamiento, en lo ideal más que en lo real. En todos estos casos el libro equivale a la naturaleza concebida como logos y sabiduría. La naturaleza es una colección de libros de todo. Con Galileo esta colección parece escribirse con el lenguaje de las matemáticas. Por eso se incluye el cosmos. Esto está bien expresado en un poema de Herder:

El mundo, un libro, en donde la eterna  
razón escribió con su mano sus propios pensamientos,  
es un templo vivo, en donde Él muele  
arriba, abajo, acción y sentimientos.

La metáfora del *libro como historia* empieza a desarrollarse con el surgimiento del empirismo de autores como Francis Bacon, Descartes y Spinoza. Se trataría de liberar el sobre peso de la idea del mundo-libro como orientación sobre la naturaleza. Esto significa concebir una nueva metáfora del libro ya no como un código cifrado, sino como un texto que varía históricamente admitiendo una posibilidad de múltiples lecturas. Esto se debe a la constatación empírica de que no hay nada que comunicar, ningún ser o esencia. Esta idea del “libro vacío” confluye posteriormente con diversas concepciones modernas como las de Heinrich Heine, Stéphane Mallarmé y Maurice Blanchot. El énfasis en la historicidad significa que no hay una lengua sino una pluralidad de lenguas. Por eso es que según Hans Blumentberg no

podemos hablar sólo de legibilidad de los libros, sino también de su ilegibilidad. Con Gottfried W. Leibniz no tenemos, como se piensa tradicionalmente, que se trata de una concepción del mundo-libro como el texto totalmente legible codificando todo lo posible como en una enciclopedia universal. El mundo de Leibniz como concepción metafísica no podría ser una metáfora de la perfección definitiva. La biblioteca no sería algo que representa la verdad sino sólo un dato para llegar a ella. Por eso dice Blumenberg que no contiene todo lo legible sino sólo lo que puede servir para hacer los textos un poco más legibles: “la biblioteca universal (en la que está todo, pero donde lo legible queda reducido a su mínima expresión, incrustado en lo sin sentido) sería sustituida por una colección de fórmulas de la cual podría sacarse, todo lo que uno tiene necesidad de saber” (Blumenberg, 2013, p.146). No encontramos en Leibniz una crónica o una única fórmula del mundo, más bien sólo una propuesta contrarreformista radical en la medida en que se opone a la identificación del conocimiento divino con la teoría de los mundos posibles:

Si desde aquí se vuelve de nuevo la mirada a las posibilidades de la metafórica del libro se hace también cuestionable la unidad del libro de la naturaleza. Éste tendría que estar concebido en tantas versiones como aspectos individuales del mundo hay y para cada uno de esos aspectos el libro sería siempre simultáneamente, el libro de la historia del sujeto que defiende y representa ese aspecto del cosmos (Blumenberg, 2013, p. 132).

La metáfora del *libro como vida* tiene sus portavoces en el filósofo George Berkeley, que niega el predominio de las visiones ópticas. Hay que diferenciar en-

tonces la vida del texto, de lo que se trata es de leer el libro no como lo escrito (la representación) sino como vida misma (en vano buscamos el consejo de los libros doctos de la antigüedad, sólo deberíamos correr la cortina de las palabras para ver el árbol del conocimiento que no es otro que el libro de la vida.) Según Berkeley tenemos también experiencias táctiles, del cuerpo. No es que como decían antes sólo se puede percibir con los ojos. La percepción de la naturaleza, como un libro abierto sólo sería posible para el sentido de la vista. En el caso de la historia es más difícil. Para Blumemberg, no sólo tenemos un primer libro de la naturaleza y luego un segundo libro de la historia, ahora nos encontramos con un tercero, que también es un género literario similar a la Biblia. Los autores que lo fundamentan son Vico y los románticos que nos hablan de otras formas olvidadas o perdidas de percepción de la realidad:

La romantización va a ser la operación empeñada en volver a encontrar el sentido originario del mundo, algo perdido u olvidado... La pregunta sobre lo que es un libro verdadero se ve refrendada por la observación de que, en todo caso, no tiene por qué haber uno solo; junto a la equivalencia el libro y el mundo, que solo parece tener sentido en singular, encontramos la del libro y la vida, que admite el plural, produciéndose de nuevo una aproximación a la novela: la vida no debe ser algo que se nos ha dado sino una novela hecha por nosotros (Blumemberg, 2013, p. 259).

En este punto se puede ejemplificar el intento de Goethe de escribir *Los años de peregrinación de Wilhelm Meister*; un intento por realizar un proyecto de novela cósmica. Y es que Goethe concibe a la poesía y la oralidad como el origen del lenguaje, es decir como

aquello que estuvo antes de que la filosofía produzca libros. A esto se refería Goethe al hablar de la actividad vital como el fuego, y Schiller al hablar de lo estético. Así, la naturaleza, la historia, se transforman en poesía ya que ésta constituye el espíritu vivificador de todas las cosas.

Este fascinante libro de Blumemberg (*La legibilidad del mundo*) concluye con una referencia al genoma como la última metáfora del libro. Y es que en efecto, el descubrimiento de los códigos genéticos nos lleva a pensar que si en estos códigos están las cifras de lo que somos, es posible imaginar lo que nos espera. En este sentido equivale al libro religioso donde se revela nuestro origen y destino. La teoría del libro como metáfora de Blumemberg no se reduce a este libro sino que se desarrolla a lo largo de otras obras como *La inquietud que atraviesa el río*, *Nafragio con espectador*, *Paradigma para una metaforología* y otras. En la medida en que nos plantea una filosofía de la metáfora en todos los aspectos de la vida humana, no sólo en lo que respecta al libro y a la lectura, constituye una de las concepciones filosóficas más interesantes que se ha desarrollado en Alemania en el siglo XX. Sus obras son una fuente de valiosa inspiración para seguir pensando en cuestiones de la actualidad, por ejemplo Internet ¿por qué no aplicar su teoría de la metáfora a este medio? Al igual que el genoma o el libro de la naturaleza, de la vida y de la historia, también Internet puede ser interpretado como una gigantesca enciclopedia o biblioteca universal donde se contiene el pasado y el presente de la humanidad. La mejor manera de representar metafóricamente esta infinita memoria es el *Aleph*, una bola mágica que Borges describe donde se visualiza casi todo.

## ALBERTO MANGUEL

Este autor tiene varios libros importantes donde desarrolla una visión particular de la lectura: leer es un acto fundamental, como respirar: “Todos nos leemos a nosotros mismos y el mundo que nos rodea para poder vislumbrar qué somos y dónde estamos. No podemos hacer otra cosa que leer. Leer es tanto como respirar, es nuestra función primordial” (Manguel, 2011, p.22). Leer significa invertir la relación entre la vida y la ficción, se convierte en una actividad de búsqueda fundamental por encontrar en los libros las cosas mismas. Se trata de concebir el libro como equivalente al universo, de la historia y de la naturaleza, como si todo ya estuviera digerido y clasificado. Por supuesto que esto es un error, pero ¿qué es la historia sino una sucesión de errores?: En todo caso, es mejor hablar de metáforas porque así hablamos de ficciones sin guiarnos por el criterio de lo que es falso o verdadero. En esto, Alberto Manguel coincide con la teoría del libro como conjunto de metáforas de Hans Blumenberg, pero lo que subraya es que todas las sociedades intentan por todos los medios de imponer un control sobre los lectores diciéndoles lo que deben a no deben leer ¿Y a qué se debe esta necesidad de control? Manguel cita el caso de muchas dictaduras que quemaron libros en Argentina y Chile, además de Alemania. En estos casos se trata de intentos inútiles de control absoluto sobre la actividad de los lectores. Había que prohibir o censurar para que no circulen los libros que cuestionen el orden establecido. Esta tarea supone que puede darse una situación donde existan lectores pero sin libros, ya que se los considera subversivos y peligrosos. Lo curioso es que esta situación no incide en la curiosidad de los lectores, pues siempre se dan modos de conseguir los libros prohibidos; sólo revela la existencia de gobiernos totalitarios:

Los regímenes totalitarios exigen que olvidemos, y por tanto estigmatizan los libros como un lujo superfluo. Quieren que no pensemos y, por consiguiente prohíben, amenazan y censuran, necesitan que nos volvamos estúpidos y que aceptemos mansamente nuestra degradación. En circunstancia como éstas, los lectores no pueden ser más que subversivos (Manguel, 2011, p. 47).

El miedo a los libros no produce entonces en realidad una censura efectiva en los lectores, sino que más bien aumenta su deseo y amor por la lectura. Un ejemplo muy citado por Manguel es el mundo descrito por Ray Bradbury en su novela *Fahrenheit 451* cuando los lectores se convierten literalmente en libros ambulantes. Y es que la censura y la quema de bibliotecas no pueden más que aumentar la cantidad de esos lectores que memorizan y se convierten literalmente en libros vivientes. Por supuesto que no todo es control ya que hubo otras épocas donde se leía por el simple deseo de comprender el mundo. Desde los lectores talmudistas hasta los que hacían exégesis bíblica, se leía con el fin de buscar respuestas porque el mundo vivido les parecía un infinito universo con una multiplicidad de sentidos. Señala también que, más allá del control, siempre existió el deseo de leer inventando una infinidad de posiciones y posturas físicas (de pie, sentados, subidos a un árbol, en una montaña, en la cama, etc.).

También uno leía para sí mismo y para otros. Leer para otros significa que hubo lecturas públicas, como en las fábricas de tabaco en Cuba, cuando mientras todos trabajaban alguien leía en voz alta. Se trataba de oír un texto, situación que se daba también en los trovadores de la edad media. Esta tradición casi ya no existe en la sociedad contemporánea donde predomina la lectura para uno mismo, en silencio. Siguiendo su historia de la

lectura, Manguel nos dice que hubo diferentes soportes y formatos como los papiros, pergaminos, códices, etc. El libro que surge de la imprenta es un hecho reciente. Sin duda, es un avance tecnológico que en vez de desaparecer con el desarrollo de internet, más bien se ha fortalecido.

Alberto Manguel no sólo nos plantea que no hay una sola historia de la lectura sino muchas. La suya es una entre otras, que está matizada por sus experiencias personales, especialmente durante su infancia. Cuando leemos esta *Historia de la lectura* tenemos la impresión de que se trata de una historia un tanto descriptiva, pero cuando exploramos otros libros como *La ciudad de las palabras*, *En el bosque del espejo*, *Leyendo imágenes*<sup>3</sup> y *Guía de lugares imaginarios* esta impresión cambia y nos damos cuenta de que estamos ante un teórico lúcido de la lectura. Esto se observa en sus ensayos sobre escritores como Alfred Döblin, Lewis Carroll, Julio Cortázar, Jorge Luis Borges, Cynthia Ozick y muchos otros que han sabido establecer con los lectores una profunda relación de intercambio de visiones e identidades. Subraya que lo que vivimos y experimentamos como lectores es nuestra propia humanidad al ir en busca de lo otro. Hay

<sup>3</sup> En esta obra el autor lee las imágenes pictóricas como si fueran libros, es decir como un lenguaje que debemos descifrar, como una cifra o un código visual que debe traducir el espectador. Lo que la lectura enseña al lector, las pinturas lo enseñan a los iletrados. O sea que las imágenes son el equivalente de la lectura. Hay que resaltar este planteamiento que nos lleva a otro tema: el de la hermenéutica barroca, tema que hemos desarrollado en otra parte cuando advertimos que en América Latina hubo un proceso de enseñanza dirigido a los indígenas basado en las imágenes (Arriarán, 1987). Este planteamiento también lo hemos desarrollado para explicar la nueva oralidad de las nuevas tecnologías (Hernández, y Arriarán, 2011).

entonces una acertada comprensión del acto de la lectura como acto de reciprocidad. Se trata de no absolutizar el momento de la recepción. Tan importantes es el autor como el lector. Entre ambos se establece un intercambio vital donde uno necesita del otro. Como ejemplo cita a Gilgamesh, el monarca que aprende del otro (del extranjero, del “salvaje”) lo que es la humanidad a través de una fuerte amistad (Manguel, 2010. p. 69).

Sobre la *Guia de lugares imaginarios* podemos decir que se trata de un bello libro de referencias mitológicas y literarias (citas autores como Homero, Ítalo Calvino, Cervantes, Shelley, etc.) y que, al leerlas, podemos recrear y reconstruir sobre aquello que las generaciones anteriores consideraron digno de preservar. Estas citas que se nos ofrecen son relatos de otras ciudades, países, islas imaginarias, utopías de todo tipo (como las socialistas, anarquistas que proponían la igualdad, la abolición del Estado y del dinero, etc.), inventadas a través de los siglos, cuyos ideales pueden contradecir las estructuras de la sociedad oficial en que vivimos. Pero no por ello hay que pensar que son ficciones para evadirnos de la realidad:

Las ficciones como bien sabía don Quijote, proporcionan su identidad a una sociedad, pero no pueden ser ficciones cualesquiera: tienen que responder a una realidad compartida. No pueden ser invenciones ficticias, en el sentido de falsificaciones o tergiversaciones, tienen que ser ficciones inventadas, resultado del descubrimiento de verdades sociales históricas que pueden otorgar realidad al mundo por medio de las palabras. En un profundo sentido literario, tienen que ser verosímiles (Manguel, 2010, p. 103).

## GEORGE STEINER

Para este autor la lectura literaria tiene un valor fundamental en la medida en que es uno de los medios para disminuir la pérdida de sentido que ocasiona el mundo moderno. Esto significa que hay que impedir que las palabras se vuelvan cada vez más vacías por efecto de la abundancia de información. De ahí que reivindique el silencio porque en un mundo ruidoso la lectura genuina exige silencio. Y no se trata de leer cualquier libro sino obras clásicas porque, a diferencia de los *best sellers* y los géneros como las novelas policiales o eróticas donde predomina la pobreza de lenguaje<sup>4</sup>, en esas obras clásicas encontramos una invención y creación ilimitada de nuevos significados. La lectura literaria constituye entonces para Steiner no un mero entretenimiento o diversión, sino una manera de enfrentarnos al despojamiento de lenguaje y la extinción de la vida. Hay en la historia dos periodos claves: uno es el de aquellos filósofos y poetas de las épocas clásica y medieval cuando las palabras tenían sentido y valor en la medida en que servían para comprender de manera relevante la realidad:

La filosofía clásica y medieval estaban embebidas totalmente de la dignidad y los recursos del lenguaje, de

<sup>4</sup> Es necesario cuestionar un poco este tipo de afirmaciones lapidarias que hace Steiner. No todos los *best sellers* ni los géneros menores como las novelas policiales tienen esa pobreza de lenguaje. Robert Darnton ha argumentado que los *best sellers* libertinos del siglo XIX en Francia (sin descuidar el uso literario del lenguaje) cumplieron un papel importante en el cuestionamiento del poder monárquico antes de la revolución (Darnton, 2008). En cuanto a los géneros menores como las novelas policiales podemos citar al brasileño Rubem Fonseca, al cubano Leonardo Padura y al chileno Roberto Bolaño que desarrollan sus novelas con el mejor estilo literario equiparable a los autores clásicos.

la creencia de que las palabras, manejadas con la precisión y sutileza necesarias, podían matrimoniar intelecto y realidad. Platón, Aristóteles, Duns Escoto y Tomás Aquino son arquitectos de palabras que construían en torno a la realidad grandes edificios afirmativos. Trabajan con fórmulas polémicas distintas de las del poeta; pero comparten con el poeta el supuesto de que las palabras congregan y suscitan percepciones relevantes de la realidad (Steiner, 1990, p. 43).

Lo que la literatura comparte con la filosofía es la manera en que nombra la realidad llegando al ser de las cosas. No se trata sólo de una pura descripción para alcanzar una información, sino de un método hermenéutico de conocer para llegar a la verdad. Esta verdad no es la misma que la verdad de las ciencias sino del mito. En otras palabras, para Steiner, la literatura y la filosofía desde su origen en la antigüedad no estaban separadas, sino que derivaban de una unión fraternal entre los argumentos cosmológicos metafísicos y la narrativa heroica. Esta forma de comprender el vínculo entre la ontología filosófica y los textos literarios tiene una enorme importancia para la elaboración de una teoría de la lectura en sentido clásico. Steiner no comparte las teorías posmodernas desconstruccionistas que subestiman al autor y la posibilidad de alcanzar una verdad. La teoría clásica de la lectura se apoya más bien en una concepción del sentido común y en una hermenéutica limitada a la *presencia* y no tanto a la trascendencia<sup>5</sup>. La presencia significa que el texto (que une lo filosófico con lo literario) nos ofrece

<sup>5</sup> Hay otros autores que se refieren del mismo modo a la reformulación de la hermenéutica ya no en términos teoricistas sino de las “presencia reales”, por ejemplo Hans Ulrich Gumbrecht (2005). Vamos a referirnos más adelante a las tesis de autor en una forma más amplia y detallada,

sentidos posibles de alcanzar una verdad a partir de una interacción creadora entre el autor y el receptor. Significa que podemos interpretar y formular un juicio de valor. Lo que rechazan las lecturas posmodernas es justamente la necesidad de interpretar: “Interpretar es juzgar. Una lectura en la que no se produzca un desciframiento, por filológica o textual que pueda ser, carece de valor.” (Steiner, 1996, p. 57).

Sostener una “teoría clásica de la lectura” quiere decir que como lectores comunes podemos descifrar las obras de los autores ateniéndonos no sólo a un criterio ético, criterio que soslayan los críticos posmodernos, sino que también al método de dejarnos *habitar* por los mismos textos (como cuando nos sentimos atrapados por una frase o una melodía). El problema es que en la actualidad esta teoría clásica de la lectura no tiene mucha credibilidad ya que hemos perdido la referencia a las obras antiguas<sup>6</sup>. Hay una especie de amnesia provocada por los medios de comunicación que nos impide leer adecuadamente (“el vigor de la memoria sólo puede sostenerse donde hay silencio” (Steiner, 1996, p. 31). Sin una buena memoria que nos permita comprender la

<sup>6</sup> Hay que valorar cabalmente esta idea como lo hace Carlos Monsiváis que en su libro *Las alusiones perdidas* señala que una de las causas principales de la catástrofe educativa en México es justamente este abandono de toda referencia al acervo de referencias históricas y culturales del pasado (tanto universales como locales). Este abandono se debería principalmente al amplio borraramiento del aprendizaje de memoria por los nuevos modelos de enseñanza tecnocráticos a los que interesa sólo el presente. Así se eliminaron épocas completas de los libros de texto como la época prehispánica. La solución no es cambiar sólo el modelo educativo ya que se trata de un problema más grave como lo es la ruptura del presente con el pasado. Tal vez por eso Monsiváis, al final perdió las esperanzas para encontrar una alternativa.

multiplicidad de referencias al pasado no podemos comprender lo que significa *leer bien*: “Leer bien es participar en una reciprocidad responsable con el libro. La relación entre el verdadero lector y el libro es creativa. El libro tiene necesidad del lector igual que éste la tiene del libro” (Steiner, 1996, p. 27).

Otro rasgo importante del acto de lectura es embarcarse en un intercambio total, es ser leídos por lo que leemos. Esto equivale a decir que no leemos por leer ciertos textos, sino que más bien cuando leemos a los autores clásicos como Homero, Dante o Shakespeare, ellos nos leen a los lectores, es decir, nos plantean imágenes de nosotros mismos como si fuéramos sus contemporáneos. Lo que encontramos entonces en estos autores son valoraciones de lo humano válidas para toda sociedad y toda época. Esta idea que puede interpretarse como un humanismo caduco, no es tal ya que para Steiner aunque resulta difícil sostener la necesidad de lectores informados capaces de tener una visión coherente sobre el significado de *La Ilíada* o *El rey Lear*, hay que diferenciar que una cosa es leer el ser de la obra en sí, lo que nos dice el texto independientemente de lo que dicen los críticos. Incluso lo mejor de las críticas o comentarios, es accidental. El texto secundario no contiene un imperativo del ser. La declaración de que es más interesante leer lo que se dice de un autor es un error que hay que disipar. Del humanismo entonces no es algo de lo que hay que deshacernos sino más bien apropiarnos, ya que es la única manera de oponernos a los que deshumanizan el acto de lectura sustituyendo un texto por otro.

También la pintura y las artes plásticas compartían en la época clásica esta necesidad humana de apropiarse de las obras como medios para comprender la realidad. Posteriormente (en la época moderna) estas artes se

volvieron abstractas, es decir, que ya no representan la realidad sino que la disuelven. Del momento de la construcción pasamos a la desintegración: “El realismo corresponde a ese periodo en que el lenguaje (como representación) está en el centro mismo de la vida intelectual y sensible, Las palabras suscitan un equivalente gráfico. Es precisamente contra esta equivalencia contra la que se rebeló el arte moderno” (Steiner, 1996, p. 46). ¿Y cómo es o cuál es el tipo de sociedad que opera esta desintegración? Steiner no se refiere a la sociedad capitalista y su proceso de mercantilización sino más bien a un tipo de sociedad más general que define como “la civilización”. Bajo este término se refiere al proceso industrial y tecnológico que desplazó históricamente a las humanidades. Por eso es que se lamenta del hecho de la que literatura se convirtió en algo de poco interés, en algo insustancial como el de ocuparse de crear textos de crítica academicista antes que leer las obras mismas. Pero el problema principal es que después de las atrocidades cometidas por “la civilización” (como el holocausto, la destrucción de la naturaleza o las guerras) es imposible que la actividad de leer siga siendo lo mismo, es decir, una actividad sin efectos éticos. Esto significa que los lectores tienen responsabilidad, de la misma manera que los autores cuando escriben:

Como la comunidad de valores está hecha añicos, como las palabras mismas han sido retorcidas y rebajadas, como las formas clásicas de afirmación de metáforas están cediendo el paso a modalidades complejas de transición, hay que reconstruir el arte de la lectura, el verdadero lenguaje literario. Labor de la crítica literaria es ayudarnos a leer como seres humanos íntegros, mediante el ejemplo de la precisión, del pavor y del deleite. Comparada al acto de creación, es ésta una ta-

rea secundaria. Pero nunca ha representado tanto. Sin ella, es posible que la creación misma se hunda en el silencio (Steiner, 1990, p. 33).

La lectura literaria no sólo significa obtención de puro placer o de un deleite sino también una experiencia de pavor o miedo ante lo otro, lo extraño, lo desconocido de nosotros mismos. Quien no experimenta esto es incapaz de entender lo que es leer bien, es dejar invulnerable nuestra identidad. Si lo que afuera hay es un proceso de desintegración y destrucción de lo humano, de lo que se trata entonces es de encontrar o crear las palabras para resignificar lo que hemos perdido. De ahí la definición de la lectura como un proceso ligado con la búsqueda de lo que antes, fueron o tenían las palabras. Hay que encontrar los significados perdidos y reconstruir el habla para no caer en el vacío. Para Steiner, los poetas (y no todos) son los que pueden comprender mejor esa búsqueda de los significados perdidos. Ellos saben del poder de evocar y de reconfigurar la realidad, por ejemplo Rimbaud, Holderlin, Paul Celan. Cuando estos poetas se dieron cuenta de que ya casi nadie podía entender ese lenguaje, optaron por el camino del silencio. En una gran parte de la literatura actual el silencio puede convertirse tanto en una especie de suicidio (quedarse mudo) o en una estrategia para oponerse al chismorreo:

Vivimos en una cultura que es, de manera creciente una gruta del chismorreo; chismes que abarcan desde la teología y la política hasta una exhumación de las culpas personales. En el chorro abundante de la producción actual ¿Cuándo se convierten las palabras en palabra? ¿Y dónde está el silencio necesario para escuchar esa metamorfosis? (Steiner, 1990, p. 85).

Lenguaje y silencio es por tanto, una de las formas posibles de resistencia. Steiner señala que hay otro camino como el que adoptaron Franz Kafka y otros escritores que utilizaron el lenguaje ordinario para darle otros significados. En vez de callar, ellos hablan para resistir inventando con el único lenguaje de la vida diaria: “Kafka le da nombre nuevamente a las cosas. *Las Cartas a Milena* son las mejores cartas de amor modernas, vuelven una y otra vez sobre la imposibilidad de la dicción adecuada, sobre la desesperación del escritor (cuya tarea es encontrar un lenguaje todavía impoluto) ante un lenguaje gastado por los clichés” (Steiner, 1996, p. 80).

### HANS ULRICH GUMBRECHT

Este autor que se inició en la escuela de la teoría de la recepción de Hans Robert Jauss y de Wolfgang Iser, desarrolló dificultosamente su propia teoría hasta alcanzar una formulación coherente en su libro *La producción de presencia*. Lo importante de este autor es el modo en que evolucionó a través de la superación de muchos conflictos como el paso de una hermenéutica teoricista hacia una hermenéutica de la presencia. Lo que él señala, a partir de su formación como filólogo, es que resulta necesario salir de la abstracción y de la metafísica. La metafísica la entiende como un hecho y un resultado del desarrollo de la modernidad que ha dado prioridad a ciertas cosas y relegado a otras:

Todo lo que es tangible, todo lo que pertenece a la materialidad del significante, se convierte en secundario, y por cierto, es quitado de la escena significativa de la modernidad temprana. El riesgo epistemológico más elemental fue la priorización de la dimensión del tiem-

po por sobre la dimensión del espacio, en una cultura que no estaba centrada en un ritual de producción de presencia real, sino en el predominio del *cogito* (Gumbrecht, 2005, p. 46).

Si la cultura de la modernidad fue una cultura que dio más importancia a la dimensión del tiempo y de la racionalidad, y no al espacio y al cuerpo ¿cuál fue la función de la lectura? Para Hans Ulrich Gumbrecht debemos realizar una inversión poniendo en su lugar los términos del problema. La lectura de los libros como la lectura del mundo no consiste solamente en atribuir significados. De ahí que este autor nos hable de “presencias reales” y no de signos. El problema es que necesitamos comprender mejor la experiencia y más concretamente, la experiencia estética que constituye la base la enseñanza. Para salir de los modelos abstractos y metafísicos, debemos recuperar la teoría de Martin Heidegger sobre el ser o estar en el mundo:.

Una vez que entendemos nuestro deseo por la presencia, como una reacción al entorno cotidiano que se ha vuelto tan excesivamente cartesiano en los últimos siglos, tiene sentido la esperanza de que la experiencia estética pueda ayudarnos a recuperar la dimensión espacial y corporal de nuestra existencia; tiene sentido esperar que la experiencia estética pueda devolvernos al menos, una sensación de nuestro estar en el mundo, en el sentido de ser parte del mundo de cosas físicas (Gumbrecht, 2005, p. 130).

Tenemos entonces que partir de una hermenéutica no teoricista para reformular la presencia como aquello que realmente conecta nuestros cuerpos con las cosas del mundo físico. Este planteamiento sobre la importancia del ser constituye la base de la experiencia educati-

va como experiencia estética. Por experiencia estética no debe entenderse algo inefable o una experiencia reducida a lo artístico. Se trata más de una concepción amplia de la estética abierta a otras experiencias más allá de lo bello como lo sublime, lo trágico, etc. Es importante señalar lo que dice el autor cuando en su trabajo en el aula intentaba hacer comprender que lo estético no es algo abstracto sino algo muy concreto como oír la música de Mozart o un poema de Federico García Lorca. Se trataba de no llenar la cabeza a los alumnos con signos o conceptos sino de hacerles sentir “presencias reales”, es decir que experimentarían de manera directa lo estético.

Y ¿cómo se manifiestan estas “presencias reales” en la literatura? El autor responde lo siguiente: “Los textos literarios tienen modos de traer la dimensión de presencia de la tipografía, del ritmo del lenguaje, e incluso del olor del papel” (Gumbrecht, 2005, p. 115) En efecto, lo que hay que ver entonces no es tanto el significado (que sí lo tiene) sino también el soporte material es decir, su base sensible.

Cuando leemos los textos literarios, también los tocamos y los sentimos no sólo por los ojos sino también con nuestros oídos y manos. Las “presencias reales” son expresiones materiales de “lo inmaterial”. Esto quiere decir que los cuerpos humanos y no humanos se han vuelto no tangibles por efecto de la revolución de las nuevas tecnologías electrónicas. Y es que en el proceso de la modernidad occidental se ha operado una descorporeización. Esto tiene efectos decisivos en cuanto a la necesidad de volver a materializar y reconectarnos con los aspectos sensibles y tangibles. ¿Qué sucede cuando estamos ante la pantalla? Obviamente nuestros cuerpos se diluyen ya que sólo contemplamos imágenes y signos

(en vez de interactuar con presencias reales o personas físicas).

Gumbrecht también sostiene que las “presencias reales” se encuentran en los sustratos de la obra de arte. Todas las obras de arte se sustancializan en los cuerpos humanos, en la piedra, en los pigmentos, etc. Además de advertirnos de que no hay que situarnos en el plano de la metafísica, tampoco debemos hacerlo en el plano de la crítica y de teoría artística y literaria, porque no hay razón para desear ser dispensados del contacto directo con las “presencias reales”. Lo que nos pueden decir los críticos siempre son observaciones y evaluaciones secundarias por el hecho de que constituyen comentarios externos. Lo que hay que hacer es ir directamente a las obras porque son las fuentes primarias (una novela, una sinfonía, una pintura, etc.). Estas obras son las “presencias reales”, porque tienen una materialidad cercana y podemos sentirlas y tocarlas de manera concreta. Gumbrecht señala estar de acuerdo con Jean Luc Nancy, cuando éste plantea el concepto de las “presencias reales” en contra de la epistemología contemporánea que alude lo inmediato y lo tangible. Sabemos a través de Jacques Derrida que la tesis fundamental de Nancy es la idea del “tocar algo que escapa a todo significado y todo tipo de deducción lógica. La presencia es nacimiento de algo que viene, que se desarrolla y desaparece (Derrida, 2011).

Y para cerrar este apartado sobre Gumbrecht podemos decir que su concepción del libro y de la lectura como producción de presencias reales se relaciona con una idea fundamental de entender el pasado y el presente. Hay que hacer de los textos del pasado una presencia presente. Se trata de la idea de reconectar el pasado a través de la lectura: “lo que más me interesa hoy en el

campo de la historia, la presentificación de los mundos pasados, es decir, de las técnicas que producen la impresión-ilusión de que los mundos pasados pueden volverse tangibles de nuevo” (Gumbrecht, 2005, p. 102). Reconectar el pasado no equivale a rescatar un tiempo pretérito o de postular una nostalgia por algo imposible de recuperar. Eso lleva únicamente a un intento de buscar algo puramente ilusorio en el pasado. Lo que debemos hacer es situarnos en el presente y ensancharlo hasta donde se pueda:

Lejos de estar siempre en condiciones de tocar, escuchar y sentir los olores del pasado, por cierto que celebramos la ilusión de tales percepciones, el deseo de presentificación puede asociarse con la estructura de un presente ancho en donde ya no sentimos que dejamos atrás el pasado, y donde el futuro está bloqueado. Tal presente ensanchado terminará por acumular diferentes mundos pasados y sus artefactos en una esfera de simultaneidad (Gumbrecht, 2005, p. 125).

No se puede dejar de reconocer que en la actualidad estamos frente a diversas manifestaciones escritas y no escritas que nos obligan a reconciliar la memoria y el olvido. Lo que hemos perdido reaparece en forma constante en imágenes literarias y cinematográficas. Nuestras fascinaciones son entonces las películas retro y las novelas históricas:

Juzgando desde nuestras prácticas y fascinaciones contemporáneas, las técnicas de presentificación del pasado tienden a enfatizar de modo muy obvio la dimensión del espacio, pues es únicamente en ese escaparate que somos capaces de experimentar la ilusión de tocar los objetos que asociamos con el pasado (Gumbrecht, 2005, p.127).

## CONCLUSIÓN

De los autores que hemos intentado analizar en este trabajo, podemos recuperar una concepción de la lectura literaria que podríamos caracterizar como “clásica” porque establece a través del libro una interacción muy rica de significados entre autor y receptor. Aún cuando los significados no fueran lingüísticos sino presencias reales estamos siempre ante un mismo enfoque donde lo que importa es una manera de interpretar y valorar la experiencia estética. ¿Podemos concluir entonces que una hermenéutica de la lectura literaria consiste en interpretar y valorar sólo los textos escritos? El problema es que por más que insistamos en marcar la prioridad en la escritura lo que finalmente se impone es la determinación exterior. Es así como en el presente estuviéramos viendo la imposición hegemónica de la tecnología que borra el aprendizaje de la memoria (requisito fundamental para la lectura literaria que depende del acervo histórico y cultural de referentes). En vez de la lectura literaria directa, lo que se impone es la lectura a través de la pantalla. En este contexto es ¿posible que haya lugar para las “presencias reales”? Lo que se desarrolla y se profundiza es una mayor descorporeización. El problema aumenta a medida en que crece la reducción de la comunicación a través de Internet, lo cual lleva a la debilitación de la posibilidad de experiencia estética. Si se elimina la presencia física y la voluntad que eran los requisitos básicos de la lectura en su sentido clásico ¿esto significa que estamos ante una nueva barbarie telemática? ¿Y cómo haremos ahora para recuperar la palabra viva del pasado? ¿Qué pasará con la lectura de los libros que nos servía para conectarnos con las cosas físicas y las “presencias reales”?

Para no caer en una posición apocalíptica, pesimista y nihilista hay que seguir insistiendo en la importancia de la lectura en sentido clásico, pero sin alinearlos con una posición absolutista cerrada a lo nuevo. Si la lectura fuera, como dice George Steiner (2001) algo exclusivo de las obras clásicas, no podríamos aceptar que pudieran aparecer nuevas obras que merezcan nuestra atención. Ni siquiera podríamos esperar que surgieran nuevos Homeros o Shakespeares, menos aún que de las nuevas tecnologías pudieran aparecer nuevas formas de escritura capaces de producir un efecto estético.

Por supuesto que también hay necesidad de distanciarnos de las posiciones que únicamente hacen la apología de las nuevas tecnologías. Sin embargo, hay necesidad de pensar en problemas nuevos ¿la pantalla puede ser igual que un libro? Ciertamente es que las computadoras establecen métodos y configuraciones no verbales del pensamiento e incluso de matiz estético; su tipo de narración se basa en algoritmos. ¿Esta es una razón para asegurar que nunca serán como los relatos discursivos? ¿Hay una superioridad de los textos literarios en la medida en que se da una prioridad de las palabras (habladas y escritas)? ¿El efecto estético que produce no se puede comparar con el efecto de los medios electrónicos?

Con estas reservas e interrogantes podemos terminar este trabajo concluyendo que antes de formular respuestas definitivas y descartar opciones, habrá que esperar algunos años para ver cómo se desarrollan las nuevas tecnologías de la comunicación. Mientras tanto, cabe seguir sosteniendo que el encuentro con las “presencias reales” es ante todo un encuentro con la libertad de presencia de otro ser humano. Una buena lectura, una lectura en libertad implica siempre una apertura con lo que se habla desde el pasado. Quien ha experimentado

lo estético que produce un texto literario sabe bien que se trata de una experiencia única donde las palabras nos habitan desde adentro. Es un despertar de la libertad humana a partir de las palabras narradas.

## REFERENCIAS

- Arriarán, S. (1987). *Barroco y neobarroco en América Latina*. México: Ítaca.
- Arriarán, S. y Hernández Alvidrez, E. “La lectura en la universidad. Reflexiones desde la hermenéutica de la multiculturalidad.” Fascículo del 40 aniversario de la UPN. México: UPN. En proceso de publicación.
- Arriarán, S. y Hernández Alvidrez, E. (2011), “La redefinición de la estética”. Revista *Otros Logos*, número 2, Buenos Aires. [http://www.ceapedi.com.ar/otroslogos/Revistas/0002/Articulos%20definitivo/E\\_Alvidrez\\_y\\_S\\_Arriaran.pdf](http://www.ceapedi.com.ar/otroslogos/Revistas/0002/Articulos%20definitivo/E_Alvidrez_y_S_Arriaran.pdf)
- Arriarán, S. (2019). *La migración y sus conflictos. Exilio, asimilación y destierro*. México: Universidad Pedagógica Nacional.
- Blumemberg, H. (2013). *La legibilidad del mundo*. Valencia: Pre-textos.
- Curtius, E. R. (199). *Literatura europea y Edad Media latina*. (Dos volúmenes). México: Fondo de Cultura Económica.
- Derrida, J. (2011). *El tocar. Jean Luc Nancy*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Eltit, D. (2004). *Tres novelas*. México: FCE.
- Gumbrecht, H. U. (2005). *Producción de presencia*. México: Universidad Iberoamericana.
- Manguel, A. (1992). *Guía de lugares imaginarios*. Madrid: Alianza Editorial.

- Manguel, A. (2001). *En el bosque del espejo*. Bogotá: Editorial Norma.
- Manguel, A. (2002). *Leyendo imágenes*. Bogotá: Editorial Norma.
- Manguel, A. (2010). *La ciudad de las palabras*. México: Almadía.
- Manguel, A. (2011). *Historia de la lectura*. México: Almadía.
- Monsiváis, C. (2007). *Las alusiones perdidas*. Barcelona: Anagrama.
- Ortega, J. (2010). *El sujeto dialógico*. México: FCE/TEC.
- Piglia, R. (2014). *El último lector*. México: De Bolsillo.
- Steiner, G. (1997). *Errata. El examen de una vida*. Madrid: Siruela.
- Steiner, G. (1996). *Pasión intacta*. Madrid: Siruela.
- Steiner, G. (1990). *Lenguaje y silencio*. México: Gedisa.
- Steiner, G. (2001). *Presencias reales*. Barcelona: Destino.